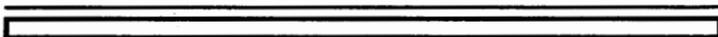

GRISELDA GUTIÉRREZ CASTAÑEDA

LA CONSTITUCIÓN DEL SUJETO
DE LA POLÍTICA

DISCURSO POLÍTICO Y PRODUCCIÓN SIMBÓLICA



ÍNDICE

Introducción	7
1. <i>Enfrentando una crisis</i> . El marxismo puesto en entredicho	
1.1 Colapso político	21
1.2 Derrumbe de un paradigma	26
1.3 La democracia: ¿un proyecto político para la izquierda?	31
1.4 Revaloración de la política y proceso de constitución de los sujetos	41
2. <i>Un poco de historia</i> .	
El sujeto-clase: entre materialismo e ideología (Althusser)	47
2.1 Una nueva lectura del marxismo: estructuralismo- lingüística-psicoanálisis	51
2.2 Materialismo e ideología	57
2.2.1 Ideología como práctica	59
2.2.2 Ideología, reproducción social y aparatos ideo- lógicos de Estado	62
2.3 Ideología y constitución de los sujetos	65
2.3.1 Interpelación: Su discursividad y el registro simbólico e imaginario	67
2.4 Fijación clasista y límites a la sobredeterminación ..	69
3. <i>Remontando obstáculos</i> . Desmarcarse de la tradición ..	79
3.1 Postmarxismo/postalthusserismo	80

3.2	Propuesta discursiva. Una nueva clave interpretativa	90
3.3	Antecedentes. Semiotización de lo social	97
3.4	Entre la teoría del signo y la teoría del discurso	111
4.	<i>Afianzando cimientos</i> o la construcción de un nuevo campo teórico. Posibilidades de una nueva lógica política ...	127
4.1	Justificación de <i>una</i> perspectiva discursiva	128
4.2	La no-sutura de lo social	148
4.3	Proceso de constitución de los sujetos: entre el mito de la "identidad" y las <i>posiciones discursivas de sujeto</i>	153
4.4	Discurso y nueva lógica política	164
5.	<i>En plena construcción.</i>	
	Constitución discursiva de los sujetos políticos	181
5.1	Proceso de subjetivación en el discurso	188
5.2	Lógica del discurso y desintegración de identidades	192
5.2.1	Constitución relacional de las identidades	193
5.2.2	Posiciones de sujeto: unidad precaria	195
5.2.3	"Identidad" siempre diferida	199
5.3	Antagonismo como límite de la discursividad y de la subjetivación	204
5.3.1	Construcción discursiva de la subversión	207
5.3.2	Formación discursiva de otras formas de subordinación	212
5.4	Configuración de sujetos políticos y la realización de operaciones discursivo-hegemónicas	213
5.4.1	Construcción y capitalización de puntos notables	219
5.4.2	Formaciones hegemónicas	225
5.4.2.1	Creación de espacios políticos	226
5.4.2.2	<i>Imaginario políticos</i>	229
	Conclusiones	235
	Bibliografía	239

INTRODUCCIÓN

El desencanto que parece signar a nuestra época y que permea todos los ámbitos de la vida social, ha tenido en el campo de la política importantes colaboradores a su causa, al grado de generar reacciones no sólo de escepticismo e indiferencia, sino incluso de desconfianza –por desgracia en muchos casos sobradamente justificada–, cuando no de cruzadas por abatir cualquier pretensión de conferirle capacidad para producir sentido o siquiera para resolver problemas.

Como nunca la posibilidad y deseabilidad de proyectos políticos ha sido puesta en cuestión, y no es para menos cuando los sueños emancipadores se trastocaron en pesadillas totalitarias, pero incluso sin llegar a esos extremos la valoración de significados comunes o la confianza y credibilidad respecto al sentido y relevancia de la participación política, no se ha visto menos puesta en cuestión ya sea por tendencias sistémicas que diluyen su relevancia o significado, o por las “promesas no cumplidas” que la desestimulan.

Todos ellos motivos suficientes para explicar la tendencia a la baja de la política y para poner en duda la posibilidad de acciones colectivas.

Sin embargo, el desencantamiento no necesariamente nos entrega saldos exclusivamente negativos, puede incluso ser muy saludable, sobre todo cuando su lógica permite generar diagnósticos y cálculos realistas sobre lo que es políticamente posible.

Puede haber quienes piensen que incorporar esta lección en el campo de la izquierda es poco menos que imposible, hay quienes sin embargo vienen haciendo esfuerzos de distinta envergadura para lograrlo.

Una de las vías que se ha adoptado es la de recuperar el legado crítico y emancipador de la tradición socialista del que el marxismo constituyó una de sus versiones más elaboradas, encaminada a ponderar el diseño de un proyecto de democracia radical y plural, en una perspectiva realista y posibilista, con el propósito de que pueda constituirse en un proyecto político para la izquierda.

La revitalización de la democracia, a la que por vía negativa indudablemente el marxismo ha contribuido, al menos como posibilidad ofrece un modelo político que puede ser capaz de administrar la contienda por el poder y el ejercicio del mismo dentro de cauces legales, de gestionar el conflicto de manera reglada, de contener, administrar y legitimar el pluralismo, y de permitir la construcción de la vida política en forma concertada.

Sin embargo, hay autores que sin desestimar el valor de tales posibilidades y sin dejar de cuestionar los retos que enfrenta este modelo y sus logros políticos —generalmente escasos—, consideran que la lógica igualitarista propia a la democracia tiene un potencial emancipador que es susceptible de radicalizarse, y que ese puede ser el punto de confluencia entre el espíritu crítico y reivindicador de la tradición marxista que sigue siendo rescatable, y el espíritu legal y pluralista, como la aportación más valiosa que se puede extraer de la democracia.

La reactualización política del reclamo democrático, tanto por sus insuficiencias en el campo socialdemócrata, como por la antítesis que protagonizó el campo socialista y las agrupaciones de izquierda en Occidente, tiene entre distintas implicaciones una de índole ético-política que considero fundamental: le confiere una centralidad a la revaloración de la persona, de sus derechos y de su potencialidad para contribuir a la creación de un orden en calidad de obra colectiva, lo cual aporta razones bastantes para justificar el interés y la urgencia por pensar el tema de los sujetos políticos.

Sin embargo, la tematización teórica y política de esta cuestión está muy lejos de verse agotada o siquiera consistentemente formulada si se concretara a partir del esquema relacional *ciudadano-Estado*, que fue la premisa interpretativa de la filosofía política moderna.

La acción política propiamente dicha es aquella que actualiza básicamente la función vinculatoria, la que podría decirse “crea sociedad”, no en el sentido romántico de sueños comunitaristas, sino esencialmente en su capacidad de construir plataformas u horizontes de sentido que pueden ser compartidos o al menos ser la base para dirimir las diferencias.

Partiendo de tal presupuesto, tenemos que a fin de ser una acción política potente requiere asumir el carácter complejo y masivo de sociedades como las nuestras, y plasmarse en operaciones políticas vinculatorias en las que los sujetos políticos no pueden ser solamente individuos, en la que son sujetos colectivos que pueden darse una conformación estructurada —de distintos grados de complejidad—, o configurarse como frentes amplios, o como corrientes políticas cuyo perfil o fronteras no siempre son estrictamente delimitables.

Y desde luego una acción política potente es aquella que acorde con el diagnóstico apropiado de los problemas, la delimitación estricta del campo de sus competencias, el cálculo realista de sus posibilidades, el diseño de programas de solución a los problemas, es capaz de asumir el pluralismo y contender con el conflicto.

Hacerse cargo de estas cuestiones en un sentido reflexivo llevaría a pensar sobre el carácter de esos sujetos políticos, sobre las posibilidades de que sus acciones sean políticamente relevantes, sobre la factibilidad de acciones colectivas, sobre la orientación de las mismas, todo lo cual supone una concepción de la política, de los propios sujetos políticos, y de qué tipo de política se quiere hacer.

Para ello se requiere crear un campo teórico que permita pensar los problemas, una tarea que no suele partir de cero, y que en este caso como en ninguno significa un diagnóstico a fondo del que como horizonte acotado constituyó para muchos un punto de partida.

Para quienes en un momento dado consideramos al marxismo como la plataforma en la cual apoyar y dar salida a inquietudes

intelectuales, políticas y morales, y que asumimos como uno y el mismo objetivo: hacer inteligibles los procesos que configuran a las sociedades capitalistas modernas, en su lógica y en su conflictualidad, defender una postura de crítica frente a los irracionalismos e inequidades que permean a las relaciones sociales en estos ordenamientos políticos, y conservar una capacidad de indignación y de búsqueda de soluciones a las injusticias, indudablemente ser testigos y parte –en grados y modalidades muy diversos– del derumbe de viejas certezas, de la confrontación con proyectos no sólo incumplidos sino incluso desencadenadores de efectos perversos, ha sido ocasión para experimentar el sacudimiento y fractura de ese horizonte de referencia, lo cual ha suscitado las reacciones más diversas.

Para algunos, entre quienes me incluyo, la experiencia de “vacío teórico” tocó fondo aun antes de la caída de los regímenes socialistas, y de ninguna manera se podría decir que irrumpió de un día para otro con la inminencia de los acontecimientos, más bien se fue gestando lentamente en el contacto permanente con los análisis, interpretaciones múltiples, y debates a lo largo de los años 70 y 80 –si bien su origen se remonta a mediados de los 60– que hacían tambalear nuestras “certezas”, como también con la confrontación constante con las aberraciones políticas de los regímenes “socialistas”, y con las inconsistencias y fracasos de los grupos de izquierda marxista occidentales.

Ese proceso que fue acompañado por resistencias a renunciar al “encantamiento”, se vio marcado definitivamente por el desconcierto que nos provocó el silencio de ciertas voces que habían despuntado en los debates teóricos y políticos de esas décadas, pienso especialmente en algunos autores franceses e italianos; autores entre cuyos agudos cuestionamientos se perfilaban proyectos de relectura y de reconstrucción que prometían salvar las lagunas, las inconsistencias, los obstáculos teóricos, pero también tomar distancia política de las experiencias totalitarias, y de los autoritarismos y cortedad de miras de los partidos de izquierda occidentales, corrigiendo el rumbo y tratando de vislumbrar nuevas alternativas.

Ese “vacío teórico” que también se vio acompañado por el desdibujamiento de las señas de identidad marxistas de su proyec-